

muy débil, pero Jesús siempre sosteniéndome».

Un mes se detuvo Josefa en la casa del Sagrado Corazón que la acogió con gran caridad. Agradecida, procuró hacerse útil y se la vió activa y silenciosa ayudando en todo cuanto podía. Empero, las cartas desgarradoras de su madre y de su hermana traspasaban de pena su corazón; medía también lo que iba a ser la dificultad de un idioma desconocido para ella; pero su voluntad permanecía fija en el corazón que la esperaba.

«¿Qué hará V. en un país cuya lengua ignora?»—le preguntó alguien.—«Dios me conduce»—contestó sencillamente. Era verdad.

El 4 de febrero de 1920 dejaba para siempre su Patria para seguir, más allá de sus fronteras, a Aquél cuyo Amor soberano puede pedirlo todo.

A LA SOMBRA «DES FEUILLANTS»

Te transplantaré al Jardín de mi Corazón
y en El te cultivaré Yo mismo'.

Llena de luz, situada en la falda de la colina desde donde Poitiers domina el Valle del Clain, la antigua Abadía «des Feuillants» parece uno de esos lugares escogidos para los encuentros de fervores humanos y favores divinos.

En 1618, una colonia de religiosos del Císter se establecía allí. La Revolución la destruyó; mas apenas se disipó la tormenta, Santa Magdalena Sofía reanimaba en sus ruinas la llama del Amor, fundando el primer Noviciado de la Sociedad del Sagrado Corazón. Allí residió ella con frecuencia recibiendo gracias tan singulares que la casa, los claustros, el jardín, siguen siendo para su familia religiosa como un relicario y un recuerdo vivo de la Fundadora.

Tras de aquellos benditos muros, iba el Corazón de Jesús a esconder a su hija predilecta para cultivarla, cual flor escogida, abrirla su Corazón y asociándola a su sed de almas, realizar después en ella y por ella, la Obra de su Amor.

Sin embargo, cuando llegó a Poitiers, nadie pudo sospechar el gran Designio Divino. Tal cual se mostró Josefa al empezar el Postulado, así se la vió durante los cuatro años de su vida religiosa. Sencilla, silenciosa, entregada a su trabajo, perdida en el conjunto. En su exterior nada llamaba la atención; su fisonomía seria, marcada a veces con el sello del sufrimiento, se iluminaba con una sonrisa, cuando alguien se le acercaba o le pedía un favor. Sólo sus grandes ojos negros hablaban en ella sin que lo sospechara; su vida se concentraba en su mirada reflejando a la vez el ardor de su amor y su profundo recogimiento.

Inteligente, activa, adaptándose a todo, Josefa había recibido verdaderas dotes del Cielo: extraordinario buen sentido, juicio claro y recto, que servían como de salvaguardia, al fondo serio y equilibrado sobre el que pudo trabajar la gracia libremente. Su corazón tierno y generoso fortalecido por las pruebas pasadas, sabía darse y guardarse a un tiempo, y como todo el que ha sufrido, era buena, con esa bondad que inspira el olvido de sí.

Su alma llegaba a la vida religiosa templada ya por el espíritu de sacrificio, por la inteligencia sobrenatural de su vocación, con vida interior intensa y un amor ardiente hacia el Corazón de Jesús. Pero todos estos dones de Dios permanecieron ocultos a sus propios ojos y a su alrededor; y desde que ingresó en el Convento, hasta la muerte, pasó inad-

vertida bajo el velo de una vida perfectamente fiel.

Un grupito de Novicias, venidas de diferentes casas, formaba el Noviciado de Hermanas coadjutoras. Josefa fué la primera Postulante, y pronto pasó a ser la novicia más antigua.

La vida humilde y laboriosa, reproducción de la de Nazareth, le encantó desde el principio. En este Ideal concebido por la Santa Fundadora, encontraba la respuesta a todas sus aspiraciones y a todos sus atractivos: Trabajo escondido para ayudar a la Obra del Corazón de Jesús en las almas de las niñas, pero trabajo impregnado de amor, de silencio, de oración y cuya fecundidad apostólica y divina riqueza, dependen sólo de la unión a este Corazón Sagrado. Josefa abrazó con todo el ardor de su alma esta nueva vida, tan luminosa para su fe y tan querida para su amor.

Unas líneas bastarían para decir lo que fueron su postulado, su noviciado y los diez y ocho meses que completaron su carrera en la tierra. ¿No nos enseñó Jesús de Nazareth con sus ejemplos el sentido de las apreciaciones divinas, tan distintas de las del mundo?... Y ¿no resume el Evangelio treinta años de su vida en la tierra con estas breves palabras: «Les estaba sumiso»?... De la misma manera, la santidad de las Hermanas coadjutoras en la Sociedad del Sagrado Corazón, parece tanto más auténtica, cuánto que hace menos ruido y tanto más profunda cuánto más escondida. Josefa Menéndez fué una de esas almas ignoradas, que apenas se

ven, no se las oye y su historia se escribiría en pocas palabras.

Los recuerdos de las que con ella vivieron en Poitiers y que no sospecharon la misteriosa acción del Corazón de Jesús en su alma, no pueden proporcionarnos más que «vistas tomadas de fuera» según expresión de una religiosa. Pero estas «vistas» son preciosas, y a su luz, es como hay que seguir a Sor Josefa, en su vida tan corta y tan llena.

Empleada en la cocina, en la ropería, en la plancha, en los trabajos comunes, siempre se la veía a su deber cumpliendo la Regla, silenciosa, obediente sin distinguirse más que por su perfecta fidelidad. La inclinación a pasar inadvertida no impedía ni su iniciativa, ni su inteligente laboriosidad. Era utilísima en todos los empleos, le gustaba trabajar y parecía que todo se lo encontraba hecho. La primera en ofrecerse para ayudar en las tareas extraordinarias, era la última en retirarse y no lo hacía hasta dejarlo todo en orden. Las ocupaciones más penosas y más humildes parecían ser su lote. Un día que por falta material de tiempo tuvo que rehusar un servicio, lo sintió tanto, y se dió tal maña que por la noche encontraba la ropera terminadas las composturas que le había pedido.

Multiplicaba esas mil pequeñas atenciones que son la flor de la caridad; una hermana ancianita, que veía poco, encontraba cada día unas cuantas agujas enhebradas. Mucho tiempo ignoró a quien debían sus ojos este favor.

Carácter alegre y expansivo, sufrió al principio de no poderse expresar; y en cuanto poseyó un poco el idioma, divertía a sus hermanas con sus frases más o menos correctas, sin el menor respeto humano.

Gozaba con sencillez de niña de los esparcimientos y recreos que la vida religiosa permite; llevaba a ellos la nota alegre, pero siempre sobrenatural, que dejaba traslucir su unión con Dios. Fuera de esas horas, su aire sencillo y grave llamaba la atención; la rodeaba tal atmósfera de recogimiento que en medio de su constante trabajo se la hubiera creído en oración. Su actitud en la capilla revelaba su viva fe. Un imán irresistible la atraía a las horas de los ejercicios de Regla; de rodillas, los ojos bajos, las manos cruzadas, todo desaparecía para ella.

Dos empleos tuvieron las predilecciones de su amor: el cuidado de la Celda de Santa Magdalena Sofía, transformada en Oratorio y el de la capilla de las Congregaciones, donde habitualmente estaba reservado el Santísimo. Con qué esmero hacía la limpieza acompañando sus barridos con fervorosos coloquios de su invención. Ningún detalle escapaba a su cuidadosa vigilancia, verdad es que en todo cuanto se le confiaba ponía su corazón y su interés.

Asistía a una venerable religiosa enferma e imposibilitada, la amaba y velaba sobre ella como lo hubiera hecho con su madre, con la más respetuosa ternura y al contacto de la caritativa hermana, la

enfermita olvidaba las privaciones y sufrimientos que su estado le imponía.

Su experiencia de costurera, no tardó en designarla para la confección de los uniformes del Pensionado. En cuanto hizo los Votos le confiaron la dirección del taller, con algunas novicias y postulantes para ayudarla. Sin escatimar trabajo las formaba, distribuyéndoles con discernimiento la labor, remediando sus torpezas con bondad. Todo su afán era que se hiciesen aptas para servir mejor a la Sociedad; para esto las acostumbraba a poner en todo lo que hacían, interés, cuidado y esmero. —«Nunca la vimos impacientarse,—dice una novicia de aquel tiempo—, y si notaba negligencia en el trabajo, se limitaba a decirnos:—«No hay que hacer así el trabajo por Nuestro Señor»—. Con autoridad firme y suave se hacía querer y respetar y su virtud era una lección continua para sus auxiliares. El taller parecía un oratorio; no se interrumpía el silencio más que para rezar; la oración se escapaba del corazón al mismo tiempo que la aguja volaba entre sus dedos.

Josefa quería mucho a las niñas, especialmente a las más pequeñas; se notaba esta predilección cuando trabajaba para ellas o les probaba los uniformes. Las niñas se daban cuenta de este afecto y cuántas veces, al visitar por las noches los dormitorios para asegurarse de que no les faltaba nada, se detenía para componer, a hurtadillas, un desgarrado desgarrón de una falda, o para ayudar a una

pequeña a pegar un botón, o sacar a otra de un apurillo por el estilo. Todo esto lo hacía como la cosa más natural, pero las Maestras se daban cuenta con agradecimiento y las niñas conservaban en la memoria el ideal de vida religiosa y de completa donación que se les mostraba a través de la humilde Hermana.

Enteramente a la disposición de los demás, Sor Josefa, en cuanto estaba sola, se refugiaba dichosa en su amado recogimiento, era la inclinación de su alma. Cuando ya se habían retirado una tarde las novicias, entró en el taller una religiosa a pedirle un favor. Sor Josefa cosía con afán, pero su actitud revelaba bien donde tenía su pensamiento; parecía perdida en Dios. La religiosa la contempló unos instantes con respeto, llamándola después suavemente. Josefa se estremeció; echó sobre su interlocutora una mirada llena de sobrenatural expresión y con su acostumbrada deferencia se levantó para escucharla, pero su alma parecía venir de muy lejos.

Así transcurrieron en lo exterior los días y los meses, marcando algunas fechas las etapas de esta vida uniforme. El 16 de julio de 1920, Josefa vestía el Santo Hábito. Gracias a la caridad de las Madres del Sagrado Corazón de Madrid, su madre y su hermana Angela, pudieron acompañarla ese día; para su corazón tierno y amante fué gran consuelo verlas y hacerles compartir su dicha. Volvieron dos años después, el 16 de julio de 1922 día

radiante de sus primeros Votos. Ni ellas, ni la familia religiosa de Josefa, pudieron traslucir la misteriosa unión que se realizaba entre el Corazón de Jesús y el de su Esposa.

Josefa entró después nuevamente en su vida escondida. Dos veces aún debía salir de ella. En mayo de 1923, sus Superiores decidieron seguir la indicación divina que quería alejarla por algún tiempo de la Abadía. Marchó pues a Marmoutier (1). Un mes de residencia allí, bastó para dejar el recuerdo del que la religiosa encargada de las Hermanas Coadjutoras da cuenta en estos términos: — «Sor Josefa Menéndez se ha sabido ganar la estima y el afecto de sus Hermanas por su fidelidad a nuestra Santa Regla, su amor al silencio, la sencillez de su trato; se presentía en ella un alma unida a Dios. Enseguida se fundió en el conjunto, atribuyéndose siempre lo más penoso de los empleos generales y buscando las ocasiones de abnegarse y de prestar servicios».

Nuestro Señor le había dicho: — «Yo dejaré allí las huellas de mi paso». — Un conjunto de circunstancias pusieron efectivamente de relieve la obediencia y el espíritu religioso de Josefa, y a su Superiora de entonces dejó la impresión de gran virtud. Desde esta época los sufrimientos físicos que la aquejaban, hacía tiempo, se agravaron también; el Divino Maestro le había

(1) Casa Noviciado del Sagrado Corazón, cerca de Tours.

dicho que no tendrían remedio y Josefa guardaba en secreto, el anuncio de su muerte próxima; nada de esto se traslucía; sólo su fisonomía y su agotamiento exterior, dejaban presentir lo que su energía, abnegación y hasta su gozo, trataban de ocultar.

Regresó a la Abadía, mas, para ausentarse a los pocos meses. En octubre de 1923 se reunieron en Roma, para seguir los Santos Ejercicios cierto número de Superiores; Josefa siguió a la suya, para ayudar, según se creía, en el trabajo que en la Casa Madre ocasionaban las circunstancias. Otras eran las intenciones de Aquél que había dicho: — «Yo lo dirijo todo, y sé lo que conviene a mi Obra». — Y más tarde añadía: — «Así como después de un día oscuro el sol parece más hermoso, así, después de un gran sufrimiento mi Obra aparecerá más clara».

En el silencio que la envolvía, Josefa conoció, en efecto, en Roma, horas dolorosas, pero encontró también la luz y la paz que acompañan siempre a la fe en la autoridad y a la bendición del Sumo Pontífice. El 26 de octubre volvía a Poitiers para la última etapa de su vida, que debía de ser corta. Ella lo sabía.

Se entregó de nuevo al trabajo en sus empleos hasta que las fuerzas se agotaron, dando a entender a sus queridas compañeras de taller, que no debían contar con ella mucho tiempo. El 9 de diciembre su sed de la Eucaristía le dió ánimo para arrastrarse

aún a la capilla; aquella noche se acostó para no volverse a levantar.

La Profesión hecha el 12 de diciembre al mismo tiempo que recibía la Extremaunción, fué una fiesta del Cielo en la noche de esta vida. «El velo se descorría sobre el alma privilegiada de la que hasta entonces lo habíamos ignorado todo a su alrededor, escribe una religiosa. Su celda era más bien un santuario que una enfermería y en su lecho de muerte reflejaba paz celestial. A su lado y sin saber aún por qué, se sentía algo grande y sobrenatural. En los días siguientes la ví varias veces y le recomendé los Ejercicios de las niñas. —«¡Las quiero tanto!— me dijo—me alegra oírlas jugar, y aún más cuando las veo comulgar, pues pienso que Nuestro Señor habita en cada una. Sí, pido y pediré por ellas en el Cielo... Nuestro Señor,—continuó, como hablando consigo misma—me ha dado un corazón que ama mucho. ¡Amo tanto a la Sociedad, a todas mis Madres, a mis Hermanas, a las niñas! ¡Oh! ¡Tengo un corazón que ama tanto!»— Sería preciso poder traducir el acento de sinceridad y de caridad profunda que acompañaba estas palabras... «¡Ah! decía en otra ocasión, cuán necesario es que las novicias sean fervorosas y enérgicas; yo he tenido tantas luchas, que a veces me parecía imposible perseverar en mi vocación. Iba entonces a ver a la Madre Asistente y salía confortada. He hecho un gran sacrificio al dejar Es-

paña, pero por mi vocación no lo he dudado y hasta lo he hecho con gusto». Y añadió: «Lo que es necesario aprender bien durante el Noviciado para recordarlo siempre, es la obediencia. ¡Ah! si se comprendiese bien el mérito de la obediencia por espíritu de fe!» Y repitió varias veces recogándose y como viendo en su alma la seguridad de su camino:—«...¡El precio de la obediencia por espíritu de fe!»

Otro día en que parecía sufrir mucho:—«Nuestro Señor quiere que se sufra mucho... —dijo— y de muchos modos». Permaneció en silencio unos instantes y luego continuó:—«He sufrido mucho... (y aquí su voz tomó un acento de firmeza inolvidable) pero se olvidan los sufrimientos... Sí, se olvidan los sufrimientos... Y ahora Nuestro Señor va a... (se interrumpió como escandalizada de lo que iba a decir). ¡Oh! no, prosiguió, no va a recompensarme, pues no he hecho nada... ¡va a hacerme bienaventurada!»...— Calló después como en el éxtasis de su felicidad... y añadió con ardor:—«¡Nuestro Señor es Bueno... es verdaderamente Bueno!»—y parecía saborear estas palabras, que repitió varias veces.

Obedeciendo a sus Superiores, Josefa tuvo aún fuerzas para escribir una carta de despedida a su madre y a sus hermanas. No pueden leerse sin emoción estos renglones tan sencillos y tan fervorosos. Dicen así:

«Miren queridas mías: yo estoy contenta de morir

porque sé que es la Voluntad de Aquél que amo. Además mi alma tiene deseos de poseerle y verle sin velos, como le vé aquí en la tierra. No lloren, ni estén tristes. Miren que la muerte es el principio de la vida para el alma que ama y espera. Nuestra separación será corta, porque la vida pasa muy pronto y luego estaremos juntas toda la eternidad. No crean que estoy triste. Yo les diré que estos cuatro años de vida religiosa han sido para mí, cuatro años de cielo. Lo único que deseo para mis hermanas, es que gocen como he gozado, pues crean que nada da tanta paz como hacer la voluntad de Dios. No crean que muero de sufrimiento ni de pena, al contrario. Mi muerte creo que es más de amor, pues yo no me siento enferma, pero tengo algo que me hace desear el Cielo porque no puedo pasar sin ver a Jesús y a la Virgen Santísima».

A su hermana, religiosa coadjutora en la Sociedad del Sagrado Corazón le decía expansi-
nándose con más intimidad:—«Muero muy feliz, pero nada me da esta felicidad sino el saber que he hecho la Voluntad de Dios. El me ha hecho andar por caminos muy contrarios a mi gusto y a mi deseo, pero El me recompensa en estos últimos días de mi vida que me encuentro en-
vuelta en la paz del Cielo».—Después de unos cuantos consejos, añadía:—«No te entristezcas por tus miserias, Jesús es bueno y nos ama como somos. Yo lo veo por experiencia. Ten

confianza en su bondad, en su amor y en su misericordia. La Sociedad ha sido para mí una verdadera y tierna Madre, y Jesús me ha dado unas Superiores que han tenido para mí las mayores delicadezas. En la tierra no se lo puedo pagar, pero desde el Cielo yo las favoreceré, pues tendré a la Virgen que me dará lo que necesite. En Francia he sido muy feliz, pues es la patria de mi alma y donde el Señor me ha hecho muchos y singulares favores».—Terminaba por estas líneas:—«Siempre nos hemos querido mucho, querida hermana y ahora nuestra separación de algunos años nos unirá más íntima y fuertemente. Adiós, en el Cielo te espero, donde nos uniremos con los lazos de hermanas y con el amor de religiosas».

Algunos días más tarde, después de pasar por pruebas misteriosas y que debían completar su corona y consumir su ofrenda, se realizaba para Josefa en la soledad de su último suspiro la palabra del Divino Maestro:—«Sufrirás y abismada en el sufrimiento morirás»... «No busques alivio, puesto que soy Yo el que así lo dispone»...— Era la consumación del Amor muy fiel, un sábado 29 de diciembre de 1923 a las ocho de la noche.

Al instante una impresión sobrenatural de gracia y de paz, se esparció por toda la casa; el Cielo parecía abajarse a la celda de la Hermana. Rodeada de azucenas Josefa descansaba...

Su rostro reflejaba la estabilidad serena de la eternidad, con una expresión de majestad que impresionaba. Parecía que el Corazón de Jesús, resplandeciendo ya a través de los restos mortales de su pequeño instrumento, oculto hasta entonces de modo tan divino, comenzaba a descubrir a las almas los Llamamientos ardientes de su Amor.

EL SECRETO DEL REY

"Yo te tendré escondida en mi Corazón
y nadie te descubrirá".

El velo iba a descorrerse, en efecto, descubriendo las riquezas divinas de que el Corazón de Jesús se había dignado hacer depositaria a Josefa. Pronto se conoció algo de los Designios de Amor que cada día se habían ido imprimiendo en la trama de aquella vida tan escondida; pero, la más discreta reserva continuó guardando el secreto, cual sagrado depósito, en el santuario de su familia religiosa. Este secreto, es el que trataremos de revelar aquí, reservándole y sometiéndole, total y plenamente, al dictamen de la Iglesia, único juez en estas materias.

Lo que ante todo llama la atención y parece, a priori, una seguridad dada por Dios mismo, es la sombra y el silencio en que Josefa estuvo como envuelta; sombra y silencio que casi calificaríamos de divinos, de tal manera la guarda de Dios sobrepujó las posibilidades humanas. Este plan de sobrenatural prudencia se cumplió de un modo palpable y realizó prodigios diarios. Unicamente sus directores y superiores siguieron, paso a paso, a Josefa en un camino imprevisto, mientras que en la im-